

La Ruta de la Seda, la primera red social de la historia

Crédito: Shutterstock



Martín Mac Kay Fulle

Programa de Estudios Generales

Universidad de Lima

doi: <https://doi.org/10.26439/piedepagina2024.n013.7300>

El origen de las redes sociales y el comercio electrónico

Cuando mencionamos las palabras *red social*, inmediatamente pensamos en las modernas plataformas digitales que nos permiten comunicarnos de forma inmediata con millones de personas en todo el globo. Algunos de estos individuos pueden ser conocidos nuestros o desconocidos en todos los sentidos. Algunos interactúan y comparten sus opiniones con nosotros, ya sea por un tema laboral, de investigación o por mero ocio.

Hoy la población del planeta es de alrededor de 8000 millones de habitantes, mientras que las redes sociales como Facebook, YouTube, WhatsApp, Instagram y TikTok suman un total de casi 10 900 millones de usuarios (Statista, 2024).

Un concepto ligado al de redes sociales es el de comercio electrónico. Tiendas digitales que facilitan que consumidores de cualquier parte puedan adquirir productos o realizar transacciones sin moverse de sus casas.

Solamente Amazon, Mercado Libre y AliExpress facturaron en el 2023, más de 700 000 millones de dólares por sus ventas en los cinco continentes.

Pero, ¿es todo esto realmente el inicio de la comunicación a larga distancia?. Y ¿es esta la primera vez en que productos se transportan a miles de kilómetros para llegar a las puertas del hogar de un cliente?

La respuesta es no. Tanto las redes sociales como el comercio electrónico tienen un origen muy antiguo, de más de 2000 años, cuando se estructuró entre África, Europa y Asia la llamada Ruta de la Seda, una vía comercial que no solo trasladó personas y mercancías a lo largo de 8000 kilómetros por tierra y 10 000 millas por el océano, sino que fue también el conducto de ideas filosóficas, religiosas y políticas que se extendieron desde el mar Mediterráneo hasta el Lejano Oriente y viceversa.

La Ruta de la Seda

Alrededor del año 100 a.C., una serie de estados imperiales surgieron a lo largo del territorio euroasiático, manejados por elites deseosas de obtener diversos productos que materializaran su poder frente a otros grupos sociales que les rendían vasallaje.

En el entorno del Mediterráneo, Roma pasó de ser una república a ser gobernada por los césares. En Medio Oriente, los partos, un grupo étnico del actual Irán, hicieron renacer de sus cenizas al Imperio persa. En el área central de Asia, al norte de la India, se consolidó el Imperio kushan y, en el extremo oriental del mismo continente, la dinastía Han unificaba el territorio que hoy es China. En todas estas naciones, la búsqueda de objetos suntuosos se volvió una necesidad para aquellos que gobernaban y así floreció el negocio de la exportación e importación de artículos de lujo.

Hay que sumar a estos cuatro imperios algunos otros importantes estados que, además de ser intermediarios, diversificaron el comercio de la Ruta de la Seda por su vía del océano Índico. Estados como el reino nabateo, el reino aksumita, el reino sabeo, el reino saka, el reino satavahana, los reinos tamiiles y el reino de Anuradhapura, encarecieron aquellos productos que recorrían la ruta, pero también le aportaron más elementos exóticos (inciensos, fragancias, diamantes, ónix, turquesas, lapislázuli, esmeraldas, perlas, pigmentos, animales salvajes), así como esclavos y mercenarios en busca de un buen patrón a quien servir.

Crédito: Martín Mc Kay Fulle

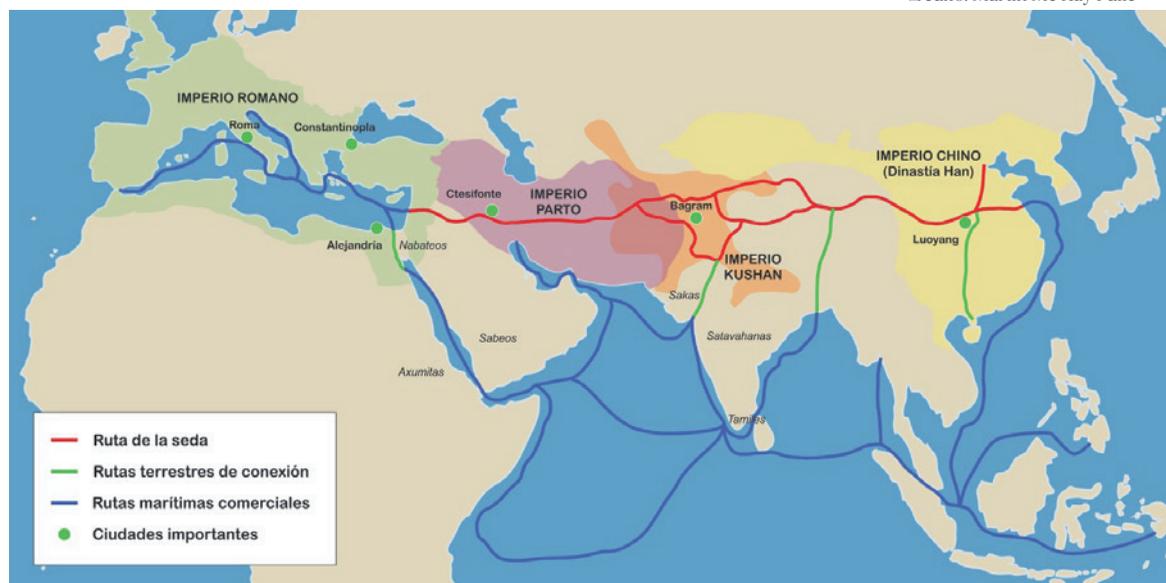


Figura 1. Mapa de la Ruta de la Seda con los imperios y reinos que conformaban su red comercial.

En la ciudad de las siete colinas, la nobleza necesitaba objetos como piedras preciosas, especias y, en primer lugar, la seda, la cual le daría el nombre a la ruta que unía las costas del Mediterráneo con las costas del Índico y el Pacífico, tanto por tierra como por mar. Al otro lado del mundo, la corte china apreciaba las telas de algodón, los pigmentos, los objetos de vidrio, marfil y ámbar, el oro y la plata, y también la miel y el vino. En el caso de las elites parto y kushan, ambas actuaban como intermediarias de la ruta e incluyeron en el catálogo productos como alfombras de lana, animales de carga, caballos, objetos de madera y piel. Todos estos, elementos apreciados en ambos extremos de la ruta.

Hay que mencionar que, por la tributación directa o indirecta, los grandes imperios invirtieron en la ruta, no solo para mostrar y mantener su poder frente a otros grupos sociales, sino también para que los ingresos por altos aranceles a las importaciones fueran el sostén de una vital inversión: el gasto militar para la defensa de extensas y permeables fronteras, en donde vecinos codiciosos pretendían los bienes ajenos.

Crédito: Martín Mc Kay Fulle con Copilot

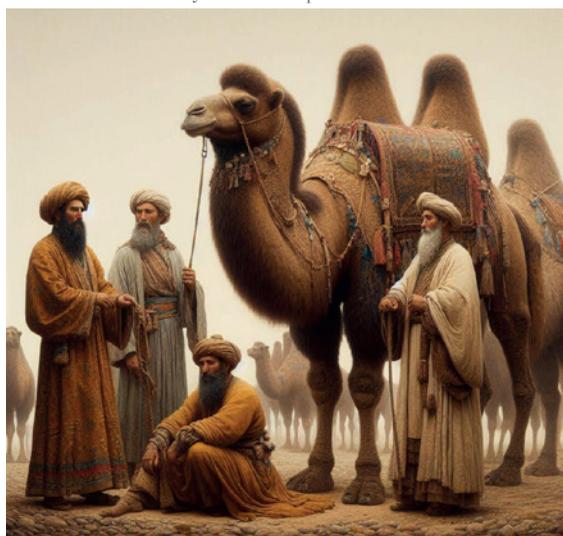


Figura 2. Los comerciantes del mundo antiguo cruzaban vastos y peligrosos territorios para obtener productos exóticos reclamados por las élites de los imperios de la Antigüedad.

Hoy en día, la relación entre las redes sociales y los gobiernos de las potencias quizá no sea tan clara, pero existe. En nuestros tiempos, las redes sociales –de manera sutil y, en ocasiones, también directa– envían mensajes con influencias políticas que muestran algunas alianzas entre el poder de turno y las cabezas de estas redes sociales. De igual manera, el tener a las redes sociales a favor, ayuda a ciertos estados a obtener ganancias comerciales que, a su vez, generan empleos, infraestructura e ingresos fiscales.

Volviendo al pasado, debemos decir que el uso de la Ruta de la Seda se prolongó hasta la alta Edad Media, cuando Constantinopla reemplazó a Roma, los persas sasánidas reemplazaron a los partos en Irán, los imperios gupta y heftalita ocuparon el lugar de los kushan en el centro de Asia y, en el caso de China, los Han desaparecieron para darles paso en el trono a las dinastías Jin, Sui y Tang. Es decir, la importancia de esta ruta no varió, pese al colapso de unos imperios y el surgimiento de otros.

La ruta de la diplomacia

Además de ser un recorrido por el que transitaban productos y comerciantes, la Ruta de la Seda fue utilizada para extender lazos entre las naciones que se encontraban en su trayecto.

Se sabe que, buscando alianzas militares y mejores tratos comerciales, diplomáticos viajaron a lo largo y ancho de la ruta para dejar obsequios y misivas a los monarcas extranjeros, arriesgándose no solo a viajes larguísimo sino también al peligro de zonas “liberadas” del control de los imperios ya mencionados, en donde la anarquía era algo cotidiano. Con ello, la opción de no retornar al hogar o de no terminar de cumplir la misión era bastante probable.

El primer registro de una embajada que usó la ruta data del 26 d. C., en tiempos del emperador romano Augusto. Este recinto recibió a una delegación del reino saka, un grupo iranio que habitaba el norte de la India y que estaba influenciado por la cultura griega (McLaughlin, 2014, p. 158).

Crédito: Martín Mc Kay Fulle con Copilot



Figura 3. La Ruta de la Seda tuvo como principal medio de transporte a los camellos, comunes en el área del centro de Asia, los cuales se adecuaron perfectamente a un terreno y clima agreste y cambiante.

Dicha embajada no solo contó con diplomáticos, sino también con misioneros budistas. Tanto los sakas como otros estados de la India, llamaban a los romanos “yavanas”, palabra que probablemente tenga su origen en “jónicos” (McLaughlin, 2014, p. 170).

En el 50 d. C., una nueva embajada, esta vez del reino anuradhapura (Sri Lanka) que tenía por gobernante a Bhatikabhaya, llegó a la corte del emperador Claudio. Este, en reciprocidad por los regalos enviados, obsequió a los asiáticos corales rojos, los cuales –se sabe– fueron colocados luego en un templo budista.

En el 87 d. C. los partos mandaron una delegación diplomática a China, en donde se conocía al imperio iraní como Anxi. Una década después, los chinos intentaron hacer contacto con Roma enviando al embajador Gan Ying, a quien los partos engañaron, haciéndole pensar que el Golfo Pérsico estaba aún a miles de kilómetros de distancia de las fronteras romanas (Kim et al., 2021, p. 11).

Los kushan, esperando encontrar una alianza militar y comercial con Roma contra los partos,

enviaron una embajada al emperador Trajano en el año 106 d. C. Su sucesor, Adriano, también recibirá varias embajadas de los kushan y otros reinos de la India. Posteriormente, Antonio Pío (quien reemplazaría a Adriano) continuó los contactos con los kushan y el reino de los hircanios, un pueblo iranio habitante de la orilla sur del mar Caspio.

En el 166 d. C., Roma es la que envía una embajada (vía marítima) al reino de Seres, nombre con el cual los romanos denominaban a China. Según los chinos, era una embajada enviada por Antun (¿Antonio Pío o Marco Aurelio?), líder de Da Qing (la gran China), palabra con que los chinos denominaban al Imperio romano. Las fuentes chinas narran que esta embajada llegó desde el océano Índico hasta los puertos controlados por la dinastía Han en el actual Vietnam. En estos y otros documentos, Roma es llamada por los chinos como Li-Jien (Alejandría) o reino de Haixi (Egipto), mientras que los ciudadanos del imperio son conocidos como “mengqi”, término que significa “macedonio”, dado que estos eran los habitantes del Imperio que tenían redes comerciales en el Oriente desde tiempos de Alejandro Magno (Kim et al., 2021, p. 17).



Figura 4. La Roma imperial obtuvo mercancías de lujo gracias al comercio de la Ruta de la Seda. Piedras preciosas, especias y la misma seda viajaron desde el Lejano Oriente hasta la ciudad de las siete colinas.

Inclusive en tiempos de crisis, emperadores como Aureliano, Constantino y Juliano recibieron embajadas de la India, Bactria y Taprobane (Sri Lanka), respectivamente (Ball, 2000, p. 400).

Las dificultades de este tipo de viajes a veces han hecho que los académicos duden de su veracidad. Pero existen registros, como el llamado periplo del mar eritreo, que era utilizado por los mercaderes romanos para su travesía desde el mar Rojo hasta el extremo Oriente, pasando previamente por el sur de Arabia y las costas de la India. Es en este documento en que por primera vez se menciona como destino un país llamado Thina (China) (McLaughlin, 2016, p. 73). De igual modo, se cuenta con la crónica de un viajero (posiblemente macedonio) al servicio de Roma llamado Maes Titianus, quien

logró crear una red comercial por medio de caravanas, que atravesaban el territorio parto y llegaban a zonas controladas por los Han (McLaughlin, 2016, p. 188).

Estas misiones diplomáticas tuvieron como objeto agilizar y asegurar el comercio a distancia mediante un contacto directo entre las potencias al extremo de la ruta, pero la existencia de estados intermediarios lo impidió y, más bien, ramificaron las operaciones diplomáticas y comerciales.

La ruta del conocimiento

Pero no solo hubo flujo de productos en la ruta. Esta también promovió el viaje de científicos y académicos que potenciaron el intercambio

Crédito: Martín Mc Kay Fulle con Copilot



Figura 5. En la China de la dinastía Han, la Ruta de la Seda fue protegida con fortificaciones a lo largo de su recorrido. Al final del trayecto, aparecía frente a las caravanas la imponente Gran Muralla.

tecnológico y cultural. Gracias a ellos, la espiritualidad del Oriente, el uso del papel, la medicina herbal, la fundición del acero y la porcelana llegaron a la cuenca del Mediterráneo, mientras que la filosofía, la arquitectura, la cristalería y la tecnología militar grecorromanas atravesaron el Asia central y llegaron al Lejano Oriente.

Por obvias razones, la evidencia material de dichos intercambios no ha llegado a nuestros días, siendo las monedas romanas –esparcidas a lo largo del trayecto– la mayor prueba de estos recorridos de personas, objetos y, sobre todo, ideas.

Otra prueba de que este intercambio fue constante es el hecho de que no solo se dio a lo largo de la Ruta de la Seda, sino, sobre todo, en las grandes urbes. Esto se refuerza por la instalación de barrios de comerciantes extranjeros dentro de los imperios involucrados. Barrios romanos existieron a lo largo de la costa oeste de la India, y barrios de comerciantes indios, árabes, bactrianos, etíopes, escitas y persas existieron en la Alejandría romana (McLaughlin, 2014, pp. 106-107).

La ruta de la esperanza

La Ruta de la Seda también sirvió para expandir ideologías religiosas: las rutas caravaneras se

aprovecharon para trasladar a misioneros que predicaron doctrinas que rápidamente tuvieron acogida. En tiempos de extrema violencia, cuando, además, la esperanza de vida era mucho menor que en la actualidad (tener 50 años en el primer siglo de la era cristiana significaba ser un anciano), la llegada de creencias sustentadas en la promesa de una vida diferente, sea en este o en otro mundo, colaboraron con la multiplicación de los seguidores de Buda, Abraham, Zoroastro o Cristo.

Un registro romano del uso religioso de dicha ruta es la llegada de misioneros budistas kushan a la Ciudad Eterna entre los años 214 y 218 d. C. Estos misioneros intentaron difundir su fe, pero el emperador Heliogábalo no permitió la construcción de un monasterio al interior del Imperio. Es decir, si aceptamos la llegada de misioneros budistas en tiempos de Augusto, podríamos hablar de casi dos siglos de contacto entre la gran fe no teísta del Asia con Roma (McLaughlin, 2016, p. 91). Cabe destacar que el Imperio kushan fue el primer Estado budista de la historia y que sus monarcas tuvieron como tarea difundir entre sus vecinos las enseñanzas de Siddhartha Gautama.

La historia también nos cuenta que esta ruta fue utilizada por aquellos que fueron perseguidos por su fe, como por ejemplo los primeros cristianos, la secta de los nestorianos, los seguidores de Zoroastro o parsis y los maniqueos (Sitwell, 1984, p. 183). Hasta el día de hoy, existen comunidades de dichas religiones que allí encontraron paz para profesar su fe con libertad (Elverskog, 2010).

La ruta del beneficio y el conflicto

El enorme flujo de objetos de lujo y lo rentable del negocio del comercio provocó que las diferentes elites ambicionaran el monopolio completo de la ruta. De igual modo en que hoy observamos la lucha comercial entre WhatsApp y Telegram, YouTube y Vimeo, Instagram y Snapchat, Twitter y Mastodon o TikTok y Triller, los imperios a lo largo de la Ruta de la Seda se enfrentaron de manera directa o indirecta, ya sea mediante estrategias políticas o en conflictos bélicos.

Sin duda alguna, las guerras intermitentes entre Roma y el Imperio parto, que continuaron Bizancio y el Imperio sasánida, fue el mayor conflicto relacionado con esta gran red comercial. Fueron cuatrocientos años en que ambas civilizaciones desgastaron sus recursos y sacrificaron miles de vidas por tener un acceso más directo a los beneficios de la ruta (Edwell, 2021, pp. 244-254).

De igual manera, la China de los Han luchó contra pueblos nómades llamados los xiongnu (ancestros de los hunos) y los sakas (conocidos como escitas), no solo para extender su Imperio cada vez más hacia el oeste, sino también para asegurar la ya existente ruta comercial. Estos conflictos con los pueblos trashumantes provocaron migraciones y la destrucción de pueblos enteros.

La riqueza que logran las redes sociales ayer y hoy es de tal magnitud, que la célebre frase de Maquiavelo, “el fin justifica los medios”, no es ajena a este intento de controlar al máximo las formas de comunicación globales.

Más allá de los imperios

Es interesante notar que las investigaciones acerca de la Ruta de la Seda se han centrado en su uso a partir de necesidades generadas por elites; es decir, en donde el Estado era el gran protagonista. Pero esa es una verdad a medias. Esta ruta fue también utilizada por individuos que, con un afán mercantil, de conocimiento o simplemente por la aventura misma, recorrieron miles de kilómetros o navegaron miles de millas.

En este recorrido que duraba aproximadamente dos años, donde los caminos solo a veces eran empedrados y en otras ocasiones eran de simple tierra apisonada, en donde se atravesaban geografías diversas y sumamente complicadas como altas montañas (macizo del Pamir), áridos desiertos (Tlakamakán), pendientes pronunciadas (el Tíbet), densos bosques (Zhetysu), así como mares traicioneros, hubo gente común que, por decisiones tomadas o cosas del azar, cruzaron sus destinos en un tiempo en que las posibilidades de haberse conocido era casi imposible.

Este sorprendente encuentro tuvo su momento cumbre en un complicado diálogo, en el que, usando alguna de las lenguas francas de la antigüedad (latín, griego, arameo, sánscrito, persa), dos personas que representaban idiosincrasias totalmente diferentes intercambiaron experiencias, deseos y tal vez uno o más vasos de alguna bebida espirituosa, para finalmente despedirse, teniendo claro que no habría un segundo encuentro, pero que llevarían a casa todo lo aprendido a lo largo del camino.

Esta imagen no resulta lejana si pensamos en nuestro tiempo, cuando gran parte de la población, mediante el uso de aparatos electrónicos, establece variadas y fugaces relaciones, inclusive desconociendo el idioma de su interlocutor.

REFERENCIAS

- Ball, W. (2000). *Rome in the east. The transformation of an empire*. Routledge.
- Edwell, P. (2021). *Rome and Persia at war. Imperial competition and contact, 193-363 CE*. Routledge.
- Elverskog, J. (2010). *Buddhism and islam on the Silk Road*. University of Pennsylvania Press.
- Kim, H. J., Lieu, S. N. C., & McLaughlin, R. (2021). *Rome and China. Points of contact*. Routledge.
- McLaughlin, R. (2014). *The Roman Empire and the Indian Ocean. The ancient world economy & the kingdoms of Africa, Arabia & India*. Pen & Sword Military.
- McLaughlin, R. (2016). *The Roman Empire and the Silk Routes. The ancient world economy & the empires of Parthia, Central Asia & Han China*. Pen & Sword History.
- Sitwell, N.H.H. (1984). *The world the romans knew*. Hamish Hamilton.
- Statista (2024). Redes sociales con mayor número de usuarios activos mensuales a nivel mundial en enero de 2024. <http://es.statista.com/estadisticas/600712/ranking-mundial-de-redes-sociales-por-numero-de-usuarios/>